

El arte político como impulsor democrático

### *ESPACIOS HIRSCHHORN: ARTE Y DEMOCRACIA*

El arte contemporáneo de perfil político, salta a la arena pública con diversas propuestas críticas con la democracia como las del suizo Thomas Hirschhorn, aunque todavía carezca de un proyecto activista para contribuir al desarrollo global de la democracia participativa.

Iñaki ARZOZ

Crear que el arte puede extender la democracia por el mundo suena casi tan absurdo como creer con Bush y sus aguerridos neocons, que la guerra puede democratizar Irak. Y digo casi, porque, en definitiva, el arte contemporáneo, extraño conjunto de ritos culturales que practican ciertas elites occidentales es, generalmente, inocuo a todos los efectos y sólo, a largo plazo, puede tener cierta capacidad de persuasión.

Frente a las bombas, contraproducentes, el arte no carece de cierto poder, “poder blando” (Joseph Nye), para moldear la visión colectiva que adoptamos sobre esa forma del gobierno que, supuestamente, los artistas como la mayor parte de la población, preferimos (o nos resignamos a preferir para, entre otras cosas, defender nuestra libertad de expresión).

El arte contemporáneo puede ilustrar, puede agitar, puede incluso conmover en aras del ‘gobierno del pueblo’ y la historia del arte nos ofrece encantadoras estampas de ese propósito. De “El juego de la pelota” (1791), de Luis David, con su heroico tercer estado reunido clandestinamente en el Jeu de Pomme, reclamando la constitución (y abriendo la espita del terror revolucionario), a la “Libertad de expresión” (1943) de Norman Rockwell, en el cual el hombre común se levanta para hacer oír su voz (cual ‘Juan Nadie’, honesto hombre del pueblo y diputado accidental, en la película homónima de Frank Capra) para reafirmar la genuina salud del costumbrismo republicano...justo en la época en que la CIA sufragaba las exposiciones y revistas del expresionismo abstracto, como un arma cultural de la guerra fría. El arte occidental abogando ingenuamente por el ideal democrático y la democracia *realmente existente* (Joaquín Estefanía), utilizando de forma aviesa sus talentos.

Pero llegamos a la cínica era posmoderna, pasada la euforia tras la caída del muro de Berlín, marcada por el 11-S y la guerra de Irak, y el arte contemporáneo se convierte en resabiado adalid de las esencias democráticas. Del cine documental, de Michel Moore a Michel Winterboton, hasta las grandes exposiciones ‘políticas’, nos azota una ola de arte de agitación, que asume un papel supuestamente activista.

No obstante, pese a la mayor conciencia crítica del arte contemporáneo, el arte sólo ha pasado de un paradigma representativo a un mero paradigma crítico, demasiado cómodo para ser creíble y eficaz. Ahí tenemos todavía a los viejos ‘pepitos grillos’ del arte internacional; Hans Haacke, Alfredo Jaar o Antoni Muntadas, etc., escenificando las críticas de la izquierda progresista, a mayor gloria del arte airado, pero no mucho más.

Y así aparecen versiones renovadas como el mural envolvente del argentino Fabián Marcaccio “Re-Sketching Democracy” (2004); 30 metros de pastel neobarroco de collage y chorreantes brochazos, ofreciendo la opulenta visión de la nueva democracia multicultural.

En este aspecto, más sentido tienen propuestas críticas como “Micropolíticas II: arte y cotidianidad” (2003) del EACC, “¿Cómo queremos ser gobernados” (2004) del

MACBA, e incluso “La insurrección de un millón de mentes” (2005) en la Sala Rekalde de Bilbo o la reciente “La democracia” (2005) de el colectivo El Perro de Madrid.

No obstante, de todo lo visto y oído, quizá la propuesta más interesante sea la trayectoria y la última exposición de Thomas Hirschhorn (1957), “Swiss-Swiss Democracy” (2004-5) en París (ver Mugalari 22.1.2005, Beatriz Herráez), con el propósito de “desidealizar la democracia”. Junto una instalación abierta y de aspecto deliberadamente cutre, con sillones viejos y sábanas pintadas en la que abundan proclamas paradójicas como “mientras existan dictaduras me resisto a criticar la democracia” o “la democracia es la revolución acostada que hace sus necesidades en las sábanas”, hay una pequeña biblioteca de obras políticas, conexión a ciertas páginas de Internet, documentos críticos, un fanzine elaborado in situ, etc., además de un espacio de debate donde se dan conferencias y representan pantomimas contra políticos suizos, etc. Un espacio caótico, feísta y precario, pero vivo y participativo, que metaforiza la base popular, sobre el humus de ‘desechos’ democráticos, del que ha de nacer cualquier iniciativa de democracia participativa.

Una versión directamente crítica que, aun incidiendo en la política local tiene una lectura global (especialmente respecto a la guerra de Irak) y que también podría servir de modelo para cuestionar otros casos particulares, aquí y allá, pues cualquiera de nuestras viejas democracias representativas se halla necesitada de una revisión a fondo. Y no digamos la democracia española, especialmente en Euskal Herria -ya sea en la CAV, Iparralde o Nafarroa- donde a pesar del nuevo clima traído por el proceso de paz, todavía estamos viviendo un verdadero “estado de excepción” anti-democrático.

No obstante, pese al positivo enfoque crítico de estos espacios tipo Hirschhorn, el conjunto del arte contemporáneo carece de una reflexión (auto)crítica de perfil activista sobre su contribución al proceso o procesos de revisión de la democracia representativa en aras de una democracia participativa.

En cierta medida, proyectos de net art, como Tester ([www.e-tester.net](http://www.e-tester.net)) de la Fundación Rodríguez en Arteleku pretenden ensayar este nuevo sentido democrático, chequeando y tejiendo redes de nodos *artivistas*, pero nos falta todavía -pese a los cabos lanzados a colectivos alterglobalización- una fundamental y fluida conexión con la sociedad y sus agentes políticos y ciudadanos. Por otra parte, las propuestas de *flash mob* multitudinario -enfocadas de acuerdo con la doctrina post-marxista de Michael Hardt/Antonio Negri o hacktivista de Howard Rheingold- puede constituir una poderosa arma de insurgencia democrática pero, de momento, de utilidad y eficacia, puntuales. El 14-M nos demostró el extraordinario potencial hiper-político de la ‘movilización del sms’, pero su utilización como estrategia de consumo puede derivar en el camelo pseudo-democrático de la ciberdemocracia o en la anecdótica convocatoria del World Jump Day, por parte del artista Torsten Lanschmann.

Para contribuir a impulsar la “democracia fuerte” que propone Benjamin Barber se precisa de una labor más profunda, cotidiana y coordinada que la mera creación de los ‘espacios Hirschhorn’, islas donde se muestra y practica la democracia participativa, o los incontrolables *flash mob* que, sin cultura democrática, pueden ser utilizados hasta por la ultraderecha (consultar en [www.nodo50.org/multitudonline/](http://www.nodo50.org/multitudonline/)). Es preciso crear, adaptar y multiplicar estos espacios Hirschhorn, en la realidad y en la red, pero también fuera de contextos puramente artísticos, para generar entornos conspirativos y lanzaderas quintacolumnistas imbricadas con todo el tejido social. Es entonces cuando el arte contemporáneo puede desplegar todo su potencial y dejar de ser inocuo; cuando, hasta el proceso de paz como el vasco puede asumir una interesante deriva cultural.

Los artistas críticos, de cualquier filiación o estilo, están llamados como cualquier otro colectivo social a contribuir a la recreación democrática de nuestra sociedad y a prestar

sus nuevos métodos estéticos a la resolución de los problemas comunes. En caso de permanecer en el limbo estético o jugando a la mirada crítica pero conformista, a la democracia del futuro le faltará un ingrediente fundamental: la imaginación para su progresiva reinención.